



La Transducción Vital

Vasilica Cotofleac

Según resumen los diccionarios, la *paciencia* es la capacidad de padecer o soportar molestias o dificultades; de asumir con calma el desarrollo de un acontecimiento; la aptitud para realizar tareas delicadas o pesadas; la fuerza de comedirse. *Capacidad, aptitud, fuerza*, pueden sintetizarse en *disponibilidad subjetiva para* un proceder de interacción, entre humanos o entre humanos y objetos.

El ingenio de los pueblos fijó con frecuencia en sentencias figuradas los sentidos principales de la palabra, presentes también en la esfera del castellano: “poco a poco hila la vieja el copo”, “la paciencia es amarga pero su fruto es dulce”, “con paciencia y desvelo se gana el cielo”, etc. El valor lingüístico que hace de denominador común en este tipo de enunciados, es la idea de prosecución de un resultado prefijado, de un proceso que implica duración y empeño sentido. Saber esperar, notaba Nietzsche, es tan difícil, que las personas pueden terminar en exasperación y desequilibrio.¹ Por eso quien tiene *paciencia* (la ejercita), quien se contiene y resiente los efectos del autodomínio, es... *paciente*. El étimo latino del vocablo, *patiens (-entis)*, remite efectivamente a *padecer, sufrir, soportar*.

La paciencia es por tanto *πάθημα* y *σκεψις* a la vez, y tiene un límite. El ser humano se defiende ante las presiones desmedidas. Cuando la *inteligencia* del cuerpo le señala el peligro de quiebra, cuando la paciencia “se acaba” y desde la fibra de los nervios irrumpe la exigencia de respuestas preventivas, toda la energía hasta entonces reprimida se desborda en la necesidad de resolver la irascibilidad acumulada y de eliminar sus causas.

En un grado u otro, esta capacidad de la paciencia caracteriza a todas las personas. E indiferentemente de si ella es innata, adviene “por gracia divina” o es enseñable como la ciencia por los maestros (las tres posibles fuentes de la virtud contempladas en *Menón*), su afianzamiento en el registro diferencial del sujeto se debe en gran medida a la experiencia directa. Al aprendizaje vital que se sedimenta y refuerza con cada latido que pondera subjetivamente las situaciones y los actos, con cada pulsación de confrontación consigo mismo *en medio de y a partir de* la confrontación con el mundo. Es evidente que la impetuosidad acompaña generalmente a la juventud, rebosante de vitalidad e inquieta por *hacerse y llegar a ser*, mientras la templanza y la prudencia reflejan particularmente la cordura propia de la vejez.

Las interferencias semánticas entre estos vocablos (*paciencia, templanza, prudencia*) saltan a la vista. El primero, que no presenta una delineación de significado estable, es más bien una noción de contenido resbalador en medio de una constelación léxica asociativa, con los sentidos de cuyos componentes interfiere según la coyuntura concreta. De aquí su múltiple sinonimia parcial, en la cual su acepción exacta prácticamente se disuelve, con la *calma*, con la *comprensión*, la *perseverancia*, la *imperturbabilidad* o el *aguante*.

¹ Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, México, EMU, 1983, p. 67; p. 209.

La paciencia tiene efecto positivo. (“Mi paciencia da frutos. Sufro menos y la vida se vuelve casi dulce”, constata – en la literatura histórica - un emperador romano.)² Evita los arrebatos y las precipitaciones, suaviza la relación y protege por igual a las partes involucradas. Hay una gran diferencia, en el plano de las consecuencias, entre la reacción espontánea y la meditada.

Pero la impaciencia es negativa (aunque Nietzsche señale su efecto benéfico en individuos de acción y pensamiento.)³ Y que así ha sido juzgada desde las épocas más remotas lo prueban los *Proverbios* bíblicos.⁴ “Todos los errores humanos son frutos de la impaciencia”, el pecado capital, dice Kafka, a causa del cual al hombre lo expulsaron del paraíso y por causa del cual no puede regresar a él.⁵ Penélope soporta las insolencias de los pretendientes retraída en las cadencias uniformes del tejer (símbolo doméstico de la paciencia), hasta que vuelve a recuperar sus privilegios de esposa y reina. Pero Orfeo, que no resiste el ansia de mirar el rostro de Eurídice antes del final del camino, la pierde para siempre en la dimensión irreversible del Hades.

La impaciencia se asemeja a una apetencia violenta de la carne, de los instintos. Es comparable con un “grito de las entrañas” (términos de Cioran), con la sed de llenar una carencia atormentadora. Mientras la paciencia es compatible con la seguridad, con el fluir de los actos por un cauce despejado por medidas de armonía, ella se asocia - en cuanto se muestra como una forma de *hybris*, de transgresión de los ritmos y de los acuerdos - con el desorden y la inestabilidad típicos de los regímenes anómicos.

El correlato de la paciencia es, como hemos visto, la espera. Emprende una espera y se empeña en alargarla tanto tiempo cuanto sea necesario, quien es paciente. *Proceso y cualidad* – espera y paciencia – se funden en la realidad de la vigilia como afluencia subjetiva puntual. De hecho el estilo coloquial pone de manifiesto este nexo, cuando articula los conceptos de *paciencia* y *espera* en la circularidad de la definición: ser paciente es *tener espera*; *ser hombre de espera*.⁶

La paciencia puede verse, en última instancia, y en una significación de trasfondo suprasensible, como a una de las estrategias defensivas de la Vida (el principio universal morfogenético que toma en el hombre la forma de complejo de procesos físico-químicos y de psiquismo), una sutileza maestra de la cual ésta hizo uso desde los comienzos impenetrables de fraccionamiento en individuos y especies para vencer la reluctancia de la materia bruta;⁷ clave secreta de su reciedumbre y poder de trascendencia; pilar de la epifanía elpídica que ratifica la *apertura* como su modalidad esencial.

² Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*.

³ “Existe un grado de impaciencia en los hombres de acción y de pensamiento que, tras un fracaso, les hace inmediatamente pasarse al campo contrario y apasionarse y entregarse a nuevas empresas – hasta que de aquí también de nuevo los expulsa la vacilación ante la consecución del éxito. De este modo, yerran de un lado para el otro, errantes, aventureros y violentos, conociendo numerosos reinos y numerosas situaciones, por lo que puede suceder que su conocimiento de hombres y de cosas, conseguido por la maravillosa experiencia de sus viajes y ejercicios (...), acabe haciendo de ellos individuos poderosamente prácticos.” Friedrich Nietzsche, *Aurora*, Madrid, Biblioteca nueva, 2000, p. 254.

⁴ “el que es impaciente de espíritu enaltece la necesidad.” *Biblia, Proverbios*, 14, 29.

⁵ Franz Kafka, *Consideraciones acerca del pecado*, Barcelona, Teorema, 1983, p. 14 – 15.

⁶ *Diccionario de la Lengua Española*, 5, Madrid, RAE, 2001 (XXIIª ed.), p. 662.

⁷ “Parece ser que la vida triunfó a fuerza de humildad, haciéndose muy pequeña y muy insinuante, jugando con las fuerzas físicas y químicas, incluso consintiendo en andar con ellas una parte del camino, como la aguja de la vía férrea cuando durante unos instantes adopta la dirección del raíl del cual quiere separarse. (...) Era preciso que la vida entrase así en los hábitos de la materia bruta, para arrastrar poco a poco hacia otra vía esa materia...” Henri Bergson, *La evolución creadora*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 96 - 97.

La implicación semántica recíproca de los términos de *espera* y *esperanza*, procedentes ambos de la misma base etimológica (lat. *sperare*), es evidente. *Esperamos*, permanecemos en el estado de vigilia expectante, porque *esperamos*, porque tenemos esperanza, nos inclinamos a confiar en la realización del proyecto o del deseo. La espera supone, gramaticalmente hablando, un complemento; es siempre espera *de algo*, compás temporal – entre decisión y ejecución – para la esperanza: aspiración de consecución, de concreción por medio de un proceder que supone paciencia para el cumplimiento de un número de etapas, espera. Pero la esperanza tiene también una significación trascendente (acorde con la de la paciencia subyacente, de trasfondo). Y no nos referimos aquí a la cristiana soteriológica (“un aguardar cierto de la gloria futura”,⁸ a la esperanza de la vida eterna como “raíz y tronco de nuestras esperanzas todas”),⁹ sino a la que se manifiesta de manera latente tanto en ésta como en las formas contingentes, hincando así sus contenidos en el impulso más abismal del devenir. No a la significación de realización repercutida únicamente en la situación del hombre como ser finito, por tanto, sino a la que expresa el *modo* de la Vida en busca de crecimiento, vigor y duración infinita.

En su despliegue permanente hacia al futuro la Vida afirma su carácter de *tendencia*. ¿Por qué siempre que miramos una foto vieja, de otra época de nuestra existencia, cuando recordamos un episodio del pasado o nos encontramos ante algunos vestigios históricos muy evocativos un pesar indeterminado nos estremece? Tal vez por el “volteo” en dirección contraria a la *tendencia*, por ese movimiento contraevolutivo al cual equivale el acto de revirar circunstancial y pasajera a la *tendencia* sobre su eje. Vivencia similar al sentimiento opresivo sin causas claras que experimentan muchas personas al anochecer, a medida que disminuye la luz del día. La “hora sin nombre” de la cual el presidiario Meursault no quiere hablar, cuando los ruidos del mundo forman un cortejo de silencio y el corazón se siente cercado por un vacío constrictivo. Hora de melancolía crepuscular y de sensación de estancamiento, cuando el ritmo de los elementos restringe el escenario de la acción, - especificación empírica, propia del lapso lumínico, de la Esperanza.

Tener esperanza es representarse como factible aquello que se desea. Por obra – o mejor dicho por “maniobra” - de la Vida, el objeto de nuestra aspiración (por su proyección en el futuro siempre *concorde con* y no *desacorde con* la *tendencia*), “se enflora” en nuestra mente y nos “enamora”.¹⁰ Esperar, como estancia en el lugar de un suceso venidero y como expectativa, como creencia en que se producirá un hecho favorable, es, contrario a sentirse estancado y cercado, como estar listo para un encuentro y una interacción complaciéndose en la participación y entusiasmarse con la perspectiva del enriquecimiento, en una significación coincidente con la del verbo griego ἀγαπάω, “amar”, “querer”, - como *recibir*, *acoger*.

La Vida es Esperanza y amor. Amor no en el sentido de atracción interpersonal, ternura y efusión, sino en el de “actitud radical” (de la Vida) que condiciona los fenómenos y les presta una orientación y un sentido.¹¹ Un *recibir*, un *acoger* con sentido de disposición para abrirse al entorno, de anhelo por involucrarse y corresponder, de ilusionarse constantemente. “Tener muchas ilusiones es poseer la facultad de descubrir y ver en el mundo la riqueza inmensa de sus valores y alicientes,” de desear ir hacia esos valores y asimilarlos. Y precisamente porque la Vida es amor y Esperanza, *en ella y por ella* “las riquezas del mundo se hacen inagotables y los anhelos insaciables.”¹²

⁸ Dante, *La divina comedia*, Par. XXV.

⁹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Barcelona, Bruguera, 1983, p. 194.

¹⁰ Dante, *La divina comedia*, Par. XXV.

¹¹ Joaquim Xirau, *Amor y mundo*, Barcelona, Península, 1983, p. 92.

¹² *Ibid.*, p. 104 – 105.

Pero sabemos que en los orígenes de la palabra “ilusión” está el verbo latino *ludo* (con el supino *lusum*), “jugar”, del cual se derivó posteriormente *illudo*, “jugar con”, en el sentido de “burlarse”, “aprovecharese”, “engañar”. Al igual que en sus inicios primordiales, pues, la Vida “se las arregla para obtener un determinado resultado”.¹³ Como en una relación transductora de materia y nivel, en la cual un factor o un conjunto modifica, para lograr su intención o función, su perfil y sus características tomando el aspecto de otro, distinto, para desobstruir su camino y seguir la Vida se hipostasia en Esperanza e incuba su duración en la espera empírica, perpetua en la sucesión de sus objetos. Tenaz e intransigente, aunque no pocas veces enfrentada, en medio de esta asidua batalla por la persistencia librada por debajo del peplo fenomenal, al dolor y al temor, templándose entre desfallecimientos y prodigiosas resurrecciones.

La Vida no se rinde. En las cosmovisiones primitivas la idea de la muerte ni existe como hecho natural, sino sólo como suceso violento, provocado por algún agente hostil o por el incumplimiento de las exigencias de convivencia universal de seres humanos, animales, plantas y divinidades. A lo largo de las generaciones de vivientes y de los cambios de condición de éstos - entre influjos mágicos y transfiguraciones recíprocas (el vegetal se transforma en hombre, el hombre en pájaro o animal y éste en rey o dios) -, la vida se protege y se cobija y continúa incesantemente.¹⁴

La Vida juega estratégicamente (*illudo*) a favor de su oportunidad, porque se quiere a sí misma (en un sentido más cercano al individualismo moderno – de un Kant, Nietzsche o Scheler - que a la antigua *filautia* aristotélica). Se quiere y se cuida. Recurre para esto a subterfugios. Se disfraza, se metamorfosea, escoge las alternativas objetivales y modales más convenientes. Y hace de la paciencia, activa por sus dos valencias (la individual, cuajada y reforzada en medio de los altibajos aleccionadores de la *peira*, y la originaria, de trasfondo, decisiva para el encauzamiento de la actuación humana en función de los fines de su conservación y perduración) la esclusa entre el plano finito y el infinito.

La Esperanza es insuprimible (*dum spiro spero*, decían los latinos). No la pierde nadie nunca. Ni el condenado a muerte. Y éste no la pierde ni en los instantes que anteceden a su ejecución. Fedor Dostoievski, a quien le ha tocado la experiencia singular de encontrarse ante el pelotón de fusilamiento y de vivir efectivamente la espera de la muerte inminente, nos revela que durante el camino hacia al patíbulo el reo no piensa en su fin, sino que, buscando los “después” y los “todavía” posibles, sigue aferrándose a la vida: “Tengo de vida lo que tardaremos en recorrer tres calles, o sea un buen rato... Cuando lleguemos al extremo de esta calle, entraremos en otra y después en otra, en la que hay un horno, a la derecha... Todavía emplearemos algún tiempo en llegar al horno.”¹⁵

En la misma época de Dostoievsky, Nietzsche también señalaba que aquello que constituye nada más y nada menos que la única seguridad y comunidad de futuro de los seres humanos, la muerte, no ocupa para nada el pensamiento de éstos.¹⁶ El individuo moderno no piensa en la muerte, por mucho que “cuente” con ella y se “asegure” de mil maneras contra ella, leemos también en Scheler.¹⁷

El pensamiento de los hombres va *con la tendencia*, ajustado orgánica y originariamente a la disposición de acogimiento que la define como destino y contenido, a su curso de ilusión, que despierta en la conciencia del presente el deseo

¹³ H. Bergson, ob. cit., p. 10.

¹⁴ J. Xirau, ob. cit., p. 260.

¹⁵ *El príncipe idiota*.

¹⁶ Friedrich Nietzsche, *La ciencia jovial*, Caracas, Monte Ávila, 1985, p. 161.

¹⁷ M. Scheler, *Muerte y supervivencia*, Buenos Aires, Ed. Goncourt, 1979, p. 41.

de duración. Y donde hay ilusión no cabe el pensamiento de la muerte. Pero sí el arrojo, el empeño, el aguante, y todas las formas de paciencia.

Bibliografía selectiva

- Bergson, Henri, *La evolución creadora*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
Kafka, Franz, *Consideraciones acerca del pecado*, Barcelona, Teorema, 1983.
Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, México, EMU, 1983.
Nietzsche, Friedrich, *Aurora*, Madrid, Biblioteca nueva, 2000.
Nietzsche, Friedrich, *La ciencia jovial*, Caracas, Monte Ávila, 1985.
Scheler, Max, *Muerte y supervivencia*, Buenos Aires, Ed. Goncourt, 1979.
Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Barcelona, Bruguera, 1983.
Xirau, Joaquim, *Amor y mundo*, Barcelona, Península, 1983.